



UN PAÍS ANORMAL

Por JVG

¿Cuánto éxito ha tenido Juan Pablo Villalobos fuera de nuestro país? Quizá baste con decir que su trabajo ha sido comparado con un tal Jorge Ibarguengoitia.

Su obra tiene estirpe y tiene raza. Está vinculada de manera íntima con el lenguaje mexicano. En *Fiesta en la madriguera*, la novela con la que se dio a conocer,

Villalobos aborda el architratado tema del narco y logra hacerlo de forma distinta a todos los esfuerzos previos: el narrador de la novela es un niño con una memoria prodigiosa y una extraña y conmovedora relación con los números (el número de personas que conoce, el número de hoyos en el cuerpo que se necesitan para que un cuerpo se desangre, etc.). Su segunda novela, *Si viviéramos en un lugar normal*, utiliza recursos similares a la primera (los nombres extraños —en este caso griegos—, la numerología, la visión del mundo de un narrador que no es adulto), pero el ambiente en el que se desarrolla esta historia es otro enser dramáticamente mexicano: la pobreza.

El poder como figura motriz tanto en las relaciones más íntimas como en las más complejas es retratado con un humor mordaz y un lenguaje maravilloso en ambas novelas. Actualmente Villalobos vive en Brasil, desde donde ha enviado piezas periodísticas maravillosas como la titulada “¿Qué son esos pelos, Neymar?”.

Es, además, traductor del portugués. Sin duda, una figura de las letras nacionales contemporáneas.

Aquí les presentamos una entrevista con el escritor jalisciense. Esperamos que sirva como carnada para que caigan en las redes de sus divertidísimos libros.



Hay tres aspectos similares en ambos libros: una utilización casi obsesiva de los números (el número de personas vivas que se conocen, el número de quesadillas que te sirven en la mesa), nombres vernáculos (indígenas en la primera novela, griegos en la segunda) y el hecho de que las historias se narran desde la perspectiva de niños (en la primera novela) o adolescentes (en la segunda). ¿Me podrías decir qué hay detrás de cada uno de estos tres aspectos?

Debo confesar que cuando hablo de los nombres de los personajes de mis novelas queda muy bien decir que es para dotarlas de una segunda lectura, que los significados o las resonancias de los nombres construyen nuevos sentidos; sin embargo, la realidad es que la primera —y principal— razón por la que elijo estos nombres es porque los nombres “normales”, como Juan Gutiérrez o Amelia Peralvillo, tienen una musicalidad horrible. Y el nombre del personaje se repite cientos de veces en una novela, arruinando las frases. Hay una gran diferencia, también a nivel semántico, entre decir: “Juan me dijo que...” y “Arquíloco me dijo que...”.

En cuanto a la perspectiva, creo que cada historia debe encontrar su propia voz narrativa. En esto soy radical: no me detengo hasta estar seguro de haber encontrado el punto de vista que exige la historia que estoy escribiendo. *Si viviéramos en un lugar normal* la reescribí siete veces. Y sólo la séptima está narrada desde la perspectiva de Orestes, un adolescente.

Lo de los números no me había dado cuenta, supongo que hay cuestiones que a los escritores se nos escapan, detalles en los que se filtra algo muy profundo —e inconsciente— de nuestra manera de ser o nuestra visión del mundo.

Otra cosa que me parece detectar en ambas novelas es una especie de demostración de dos de las vertientes más jodidas del modelo económico actual: el narcotráfico y la desigualdad social. ¿Hay algo de esto en las novelas?

Sí, pero de manera indirecta y siempre desde la intimidad, desde la vida cotidiana de dos familias. En *Fiesta en la madriguera*, a partir de la relación de Tochtli y Yolcaut, hijo y padre, un niño vive el rito de iniciación en la cultura de la violencia del narcotráfico; mientras que en *Si viviéramos en un lugar normal*, el típico fastidio que padece un adolescente le llevará al descubrimiento de la lucha de clases y la injusticia. Suena como algo muy serio, pero no lo es, porque antes que nada son dos novelas disparatadas, absurdas, políticamente incorrectas.

El viaje también pareciera ser un aspecto importante para desarrollar las tramas, a Liberia en el primer caso, y a buscar extraterrestres en un cerro en el segundo. En ambos casos los destinos parecieran ser producto de deseos o ilusiones disparatadas. ¿Qué te permite como narrador el hecho de incorporar estos exóticos viajes?

Lo que sucede es que el motor que mueve la trama de ambas novelas es el aburrimiento. Tanto Tochtli como Orestes lo que quieren es escapar del aburrimiento: Tochtli porque vive encerrado en una mansión sobreprotegido por su padre, Orestes porque vive en un pueblo donde nunca pasa nada emocionante. Para los dos el

viaje es una aventura posible y, sobre todo, una promesa de transformación: como si ese viaje pudiera cambiar sus vidas. Se trata de viajes a la conquista de algo, no meros desplazamientos turísticos. Por eso en *Si viviéramos en un lugar normal* hay un pasaje donde Orestes destroza sarcásticamente el sueño pequeñoburgués de ir a Disneylandia, ejemplo perfecto del viaje que no puede transformar, del viaje diseñado para consumir.

Pareciera haber una sensación de condena en tu segunda novela que resulta un poco desahuciante para el lector mexicano (eso sí: con humor). ¿Qué representa para ti en términos personales abordar esta complejísima tarea de tratar de entender la realidad mexicana?

La verdad es que tiene poco que ver con mis valores y creencias. Yo soy un existencialista radical que cree que el instante lo es todo, que no somos nada en esencia y que el cambio es el valor fundamental de la vida. Sin embargo, esta novela resultó cruda, dura, cruel, sin esperanza. No había otra manera de contarla; habría sido deshonesto con el lector, como narrador —que es el único compromiso que tengo, el de ser fiel a la historia que estoy contando.

Dice Aristóteles: “Sí, güey, cuando nos desviemos del camino será mentira que vamos a ver a la Virgen, pero por mientras podría ser verdad. No estoy diciendo mentiras, ¿entiendes, pendejo?”. ¿Es la verdad una condición pasajera que se ajusta a una circunstancia momentánea?

Se trata de una broma, medio retorcida, como muchas en la novela, sobre la manipulación del lenguaje, sobre cómo usamos el lenguaje para engañarnos a nosotros mismos. Una referencia importante para *Si viviéramos en un lugar normal* es la retórica priista, un lenguaje perfectamente vacío diseñado para nunca tener que decir la verdad sin tener que mentir. Los priistas, esos genios de la paradoja imbécil.

El político le dice al héroe de la novela “Eso es una circunstancia, no un motivo”. Sin embargo, para los personajes pareciera ser que sus circunstancias funcionan como motivos para todos los enseres de su vida. ¿Te parece que en general, estamos condenados por nuestro entorno?

No, de hecho en la novela los buenos al final se salvan, a través del delirio psicodélico. Es una salvación chafa, lo sé, ¿pero qué más podía hacer si la novela transcurre en México?

En general la novela parece ser una fábula de cómo se construyó nuestro país: cómo se pena el “desacato de la realidad”, cómo nos dejamos arrastrar por “artilugios cuyas fantasías servían para constatar las reglas de la realidad”, cómo funciona el poder y quién lo detenta. Al final hay dos textos que parecen apuntalar esta idea de una especie de genealogía disfrazada del México “moderno”: el discurso “a los pueblos engañados” de Zapata y *La suave patria* de López Velarde. ¿Estás de acuerdo con esta lectura?

Es una lectura muy ambiciosa que agradezco, aunque como autor no pueda suscribirla. Quiero decir que no me lo propuse de esta manera. Lo que sucede es que si un escritor comienza pensando: “Voy a contar una historia a través de la cual pueda vislumbrarse la realidad nacional”, seguramente terminará escribiendo un

pésimo libro. Con *Fiesta en la madriguera* algunos críticos dijeron que el “palacio” de Tochtli era una metáfora del México actual. Yo nunca lo hubiera pensado, pero un libro deja de pertenecerle al autor cuando lo publica.

En el fondo escribí *Si viviéramos en un lugar normal* como pretexto para incluir un párrafo donde pudiera insultar a Carlos Salinas de Gortari de once maneras diferentes. Y claro, al estilo priista: sin mencionarlo y sin decir la verdad, pero tampoco mintiendo.

Además de las dos lecturas citadas anteriormente (y partiendo del punto de que todo lo que has leído hasta ahora probablemente te influye de una manera u otra), ¿qué otros textos fueron referenciales para ti en la escritura de *Si viviéramos en un lugar normal*?

Literariamente es una novela muy francesa: está el Voltaire de *Cándido* y de los cuentos; el Diderot de *Jacques el fatalista*; el *Ubú Rey* de Alfred Jarry; Raymond Queneau y Boris Vian; y, claro, Ionesco y Beckett, que aunque no son franceses escribieron la mayor parte de su obra en francés y viviendo en Francia. Quería escribir una novela de ideas disparatadas, o sea, una novela de ideas sin ideas a la que sólo le quedó el disparate.

En cuanto al humor y la irreverencia, siento una deuda con los autores mexicanos que huyen de la solemnidad: Efrén Hernández, Francisco Tario, Jorge Ibarguengoitia, Sergio Pitol, Daniel Sada, Álvaro Enrigue, Guillermo Fadanelli, Francisco Hinojosa, Jis, son los que me vienen ahora a la cabeza. 🌀

TÍTULOS PUBLICADOS POR EL AUTOR



Fiesta en la madriguera, Anagrama



Si viviéramos en un lugar normal, Anagrama